

HUGO PALMA

DISCURSO EN LA PRESENTACION DEL LIBRO "LA AGENDA NOSTALGICA" DEL EMBAJADOR EDGARDO DE HABICH.

ACADEMIA DIPLOMATICA DEL PERU LIMA 12 NOVIEMBRE 1999

No he podido dejar de preguntarme por la razón de este honroso encargo ya que estoy seguro que muchos de los amigos aquí reunidos podrían expresar mejor lo que todos quisiéramos decir y con no menor afecto hacia Edgardo de Habich.

Hoy, el autor nos entrega un trabajo muy especial. Sus vocaciones de diplomático, poeta, dramaturgo y novelista ya habían hecho, en sus oportunidades, contribuciones que representan una obra importante.

Empezando por el principio, veamos qué nos diría nuestro pequeño Larousse sobre el título escogido.

Nostalgia, del griego nostos: regreso y algos: dolor. Tristeza causada por la ausencia de la patria o de los deudos y amigos. Pesar que causa el recuerdo de algún bien perdido. Es sinónimo de melancolía que es tristeza vaga, añoranza y esplín.

Si fuere así, cuan nostálgica sería la agenda de Edgardo?

En parte no hay duda. Son cosas que pasaron y que, como indica, sea porque las personas que hacen los temas de sus páginas o ya partieron definitivamente o desconoce su paradero, no volverán a pasar. Son irrepetibles.

Por otra parte, por haberlas escrito y descrito, ya no son el "bien perdido" que es razón de ser de la nostalgia. Ausencia sí, inevitable y definitiva, en la medida en que cada instante es único, distinto y tampoco repetible. Pero al confiar esos momentos y situaciones al texto, Edgardo los aprisiona para su añoranza y ensueño y ahora también para los nuestros.

Entonces, de que estamos hablando?

Primero, de lo que no es. El libro que nos entrega puede ser su agenda y ser en parte melancólica, pero no es un diario ni su biografía. No hay pretensión en él de recorrer un itinerario creador que ya conocemos por

otros frutos: sus poesías, dramas, novelas; que hacen obra conocida y reconocida afuera y aquí, hasta por un muy merecido Premio Nacional; título personal, es cierto, pero también aporte al hecho que sea el servicio diplomático la institución peruana cuyos miembros hayan recibido más premios de esta naturaleza.

No es tampoco el registro de su devenir y gestión como diplomático, responsabilidad que desempeñó con inteligencia, profesionalismo y silenciosa dedicación y entrega, valores que residen en las antípodas de la estridencia y la ramplonería que algunos insisten en confundir con patriotismo.

No es finalmente la biografía de las personas que contiene su agenda. Su lectura no permite afirmar que nos está presentando información suficiente para "conocer" a quienes figuran en ella. Hay, por cierto, elementos descriptivos: ocasiones, cualidades, detalles, observaciones, comentarios, citas, retazos de frases y muchos otros, pero quién sabe, más que nada, interrogantes.

Por ello, si pudiera aventurar alguna descripción del libro, tendría que decir que me parece fundamentalmente un diálogo del autor consigo mismo, orientado y a veces exigido por las impresiones que le provoca la cercanía, el contacto, la amistad, el afecto, vale decir la convivencia con algunas gentes.

Sin embargo, este diálogo tiene algunas características especiales. En primer término, el mismo autor se pregunta si es posible. Expresa dudas sobre si el hecho de que determinadas personas hayan significado algo en su vida le autoriza a "escarbar en ellos, a escudriñar en su sueño, a perturbar sus sombras y su silencio?". La interrogante se hace aún más profunda porque "algunos ya definitivamente partieron y el destino de la mayoría me es desconocido".

Por otro lado, cuestiona inclusive su idoneidad para hacerlo desde que "A ciencia cierta, no se si quiera como es mi propia alma". Es, quien sabe, para tratar de conocerla más que se lanza en la aventura exploratoria de su relación con más de un centenar de personas que, de una u otra manera, han permanecido en su recuerdo.

La actitud con la que Habich se aproxima al texto es una en la que parece decir: Tengo necesidad de consignar mi diálogo, tantas veces sin palabras, con quienes "significaron algo en mi vida". Pero debo ser prudente pues ni yo ni ellos somos dueños de la verdad y solamente

podemos atisbarla. Debo respetar las personas o las memorias de quienes me respetaron y me mostraron afecto. Corro el riesgo de quedar corto en describir sus cualidades y sus méritos.

Nos preguntamos entonces y los otros, los demás, los que en el curso de cualquier vida humana no dejan melancolía o añoranza sino más bien amargura, resentimiento y desprecio, donde están? ¿Están acaso en las páginas que el tiempo le arrancó a la agenda? ¿Y si se perdieron, habrá sido por casualidad o por otra causa? Nos autoriza a creer esto último el que en la extensa agenda no hay una página de crítica y, más aún, que el autor nos advierta, sin que haya realmente necesidad, que hace: "promesa formal de evitar lo más posible cualquier referencia a algún aspecto negativo de su existencia", como si la posibilidad de causar cualquier daño hubiera podido pasar por el ánimo de quién podría haber dicho, como el Antonio que entre cables y memoranda oficiales de Torre Tagle recitábamos subordinados y jefes: "Y soy, en el buen sentido de la palabra, bueno".

Es, por otra parte, un diálogo escrito ahora sobre circunstancias ya fijadas por el recurrente Cronos. Es a partir de algunas "anotaciones" que recrea más que acontecimientos, las impresiones que éstos le produjeron y las interrogantes que le abrieron. Edgardo de Habich las consigna sin tratar de verificar las respuestas ni de retomar el diálogo. No se trata de convocar a nadie: por teléfono a los que responden, por empatía a los que descansan. Lo que pasó paso. Lo que quedó es lo que cuenta.

En este diálogo sui géneris, los planteamientos e interrogaciones no son respondidos por los interlocutores, que quizá no sean tales, sino por las suposiciones, esperanzas y deseos del propio autor. En su formato básico, algún trazo de carácter o algunos brevísimos episodios, son pie para la evaluación, las más veces admirativa y generosa, la exploración de la impresión que le produce y, generalmente, la interrogación final sobre el destino posible o probable de la persona; todo ello siempre acompañado de deseos de bien.

¿ Habrá también un diálogo con personas que no menciona? Debe haberlo desde que nos dice que "A unos cuantos, por muy queridos, por tan míos, no me atreví jamás a borrarlos en forma alguna, pese a haber penetrado ya el grupo de los que partieron sin retorno". En todo caso, no nos cabe cuestionar su derecho a mantenerlos en la intocable intimidad que es sólo suya, pues quien cuenta porque quiere no tiene porque contar todo cuanto sabe.

El libro se inicia con una invocación a la amada. Nos extrañaría si no lo hubiera hecho quien hace tantos años encuentra inspiración en su compañía. "Toma de mí lo que menos te moleste" le dice en hermoso verso para luego, humano al fin, rogarle entre líneas que comprenda que en una vieja agenda es imposible distinguir el continente del contenido.

A través de ese contenido recorreremos vivencias del autor, provocadas siempre por personas, no por paisajes o ambientes que, cuando se presentan, lo hacen fundamentalmente para "situar" a personas. Se trata pues de seres humanos de procedencias, formaciones, anhelos y balances muy variados.

Son personas que provienen de muy diferentes lugares y tiempos en la vida del autor. A algunas las conocemos y a otras no. Son colegas de profesión y servicio, pero son también artistas, profesionales, maestros, empresarios, intelectuales, políticos, poetas, naturistas, compositores, actrices, "contadores de chistes" y, desde luego, familiares y parientes, extranjeros y nacionales, ubicables y perdidos, vivos y muertos. Son pues, la multitud de seres humanos que hacen parte de su vida personal, profesional y social. Son algunos de los que, probablemente sin pensarlo ni desearlo, le dejaron trazas e interrogantes que ahora necesita revelar, explorar, reflexionar y tratar de resolver, sabiendo de antemano que es tarea imposible.

Y lo hace también para decir en todos los tonos, los elogios y más que nada las interrogantes, que su vida es también en parte la vida que otros le pudieron transmitir y, en definitiva, puede tener respuesta a la pregunta de si todo es vanidad. Inútil puede ser, y sólo hasta cierto punto, la vida vacía pero la llena de vivencias, anhelos, sueños, cercanía, diálogo y afectos, ciertamente no lo es.

Ganar mérito en la vida es cuestión de esfuerzo y Edgardo de Habich, como Sísifo, hizo lo que le correspondía. Mostrar afecto a tantas personas, como es el caso de cada página en este libro, es la manera más púdica de decir que en realidad lo ganó y, nostalgia o no, lo sabe mantener. Esa es calidad y de la mejor; la de la clase humana que, una vez más, el autor nos regala.